La novia renegada

Novela rústica de humilde apariencia y sencillo entretenimiento

compuesta por

Diego San José

CAPÍTULO I

EL PALACIO DE FUENCLARA

A la entrada de la humilde villa castellana, que por nombrarla de alguna manera nombraremos La Fresneda, se alzaba la casa solariega de los marqueses de Fuenclara.

Era de vastísima extensión y notable arquitectura, bien se podía tener por una de las muchas joyas, que aún quedan desparramadas por España, que vieron pasar ante sus muros las grandezas de las fenecidas, monarquías, que se mantenían sobre pilas de oro merced a los tesoros que llegaban de las Indias.

Las crónicas del pueblo y de la casa insigne daban fe de que el severo palacio fue alzado en la villa por un bizarro y altivo general del Emperador que cayó en desgracia, aunque no con el olvido y miseria de Francisco Pizarro, sino con la altanería del duque de Alba.

Ganó muchos lauros en Flandes y en Italia, y aún parece que en Túnez hubo de poner a su cuenta buena parte del triunfo de las armas del César; pero cuando fue viejo, y las reliquias de su actividad se le esparcieron por la sangre, el Emperador tuvo a bien alejarle de sí, desterrándole al lugar de su nacimiento.

Se retiró, pues, el hidalgo a su rincón, y por entretener sus forzados ocios haciendo algún bien a la gente humilde, determinó rehacer la casa donde vive abrumado, que estaba como el infeliz y olvidado viejo, toda grietas y goteras.

Como si no esperara otra cosa apenas finada la obra, se le acabó a él la vida, y fue enterrado en la iglesia parroquial de la villa.

Cerca de un siglo más tarde sirvió de retiro voluntario a una Fuenclara, que, herida por un cruel desengaño de amor, en plena juventud, renunció a la vida y pompas del siglo, aunque sin vocación de profesar en ningún monasterio, y desde entonces, hasta el momento de dar comienzo a esta sencilla narración, ningún otro vástago de tan insigne y nobiliaria rama había asentado seguido más de un mes en el vetusto palacio.

Ni aun las tornabodas de los mayorazgos, que eran tradición en la familia, se celebraban ya.

Solamente con ocasión de alguna jornada regia, en que la dicha villa fuese parada obligada, acudían sus señores, para recibir a los reyes. Así que, cuando el señor Don Fernando de Lera Ramírez de Peñalva, último marqués de Fuenclara, determinó asentar en la casona, estaba sin cuido ni gobierno de nadie.

De vez en vez la mujer del sacristán *Pasillas*, que tenía las llaves, entraba a abrir las ventanas y dar algún escobazo.

Luego, tornaba la casa a quedar solitaria bajo el peso del prestigio de sus dueños.

Y un día, cuando menos lo esperaban los pacíficos aldeanos, pues no había jornada regia por aquellos lugares, se presentaron unos criados de Madrid, que limpiaron muy bien la mansión y así como estuvo, de allí a pocos días, se presentó el último marqués de Fuenclara.

Era hombre como de cincuenta a cincuenta y cinco años, de aspecto grave y señoril, aspecto que desde cien leguas acusaba la distinción y la hidalguía.

Parece que el ambiente de la corte minaba su salud, y venía a buscar remedio en los aires del campo.

A pesar de su rango, que podía codearse sin desdoro con la primera nobleza castellana, era de costumbres sencillas, nada finchado y enemigo mortal de ceremonias y adulaciones rastreras, de suerte que solo quedó para su servicio un ama de llaves, una guisandera, y dos criados.

Con mucho regocijo fue recibida la vecindad de su excelencia por el pueblo, y él también parecía mostrarse muy contento de hallarse en la paz de la aldea, lejos del mundanal ruido.

CAPÍTULO II

LA OCUPACIÓN DE UN HIDALGO

De mañana, antes de salir el sol, ya estaba en pie el señor Don Fernando. Hacía sus devociones primeras ante un admirable crucifijo que labraron las primorosas manos de Martínez Montañés, daba luego un paseo por la huerta, que era espaciosa y bien cuidada, tanto, que más parecía parque, llevando siempre consigo un libro, que es el mejor camarada, y al cabo de una hora volvía a buscar el desayuno que de ordinario solía ser unos torreznillos con huevos.

Tornaba después al campo hasta que picaba el sol, y entonces finaba la mañana encerrado en su escritorio consultando libros y papeles, unas veces de negocios y otras de puro entretenimiento, pues parece que también se le alcanzaba su poco en materias de versos y aun se dice, que era tan buen latino, que llevaba los clásicos, como quien dice, en las puntas de los dedos...

Tampoco era lego en materias científicas, y gustaba mucho de estar al corriente de toda moderna evolución.

Siendo como era varón de noble abolengo, solía decir muchas veces que, aparte la crueldad del pueblo, la revolución francesa fue una sangría muy saludable para la humanidad, porque por ella se limpió de muchos prejuicios y salvó de muchas infecciones morales y políticas.

Cuando estaba en la Corte, su palacio solía ser albergue de muy notables próceres y magnates de la sabiduría extranjera, y con otros muy insignes que nunca pusieron sus plantas en territorio hispano, solía mantener correspondencia.

Entre los papeles curiosos de su biblioteca podían hallarse cartas de Voltaire, y Juan Jacobo Rousseau, y aún dicen que guardaba una copia autógrafa de la célebre fórmula matemática de Newton.

Era, en fin, el hombre, un verdadero hallazgo entre la nobleza frívola y degenerada de su tiempo...

Oyéndose el Ave María en la torre de la iglesia, hacía su salutación del ángel, ya sentado en la mesa, y cerraba con la olla, que era netamente castellana y de buena índole. Su sopa de pan en caldo tan espeso que podía cortarse, su media gallina y buen porqué de garbanzos acompañados de la recia y dorada pelota, su jamón curado al humo, y de añadidura una sabrosa perdiz o algún tierno palomino.

Se echaba luego la siesta hasta la hora de las cinco, en que el sol va ya más humano y la tierra comienza de allí a poco a esponjarse con el rocío de la noche. Ya a este tiempo solían estarle aguardando en el patio de la casona el cura, el regidor y el médico, y los tres juntos salían a pasear

por los olivos, alongándose muchas tardes hasta *Las Fuentecillas*, que eran el término municipal de *La Fresneda*.

De vuelta, se quedaban un poco en las eras, charlando con los gañanes, y alguna vez les ayudaron a formar su mesa redonda alrededor de una razonable cazuela de gazpacho.

Otras tardes el lugar de parada era el molino de maese Lucas, por hacer honor al agua limpia y cristalina de su alberca. Eran gloria pura en las tardes, caniculares aquellas claras y frías linfas, y aún parecían mejor cuando las servían las manos de Flora, la hija menor del molinero.

Erase ella una niña que ya iba frisando las lindes de la mocedad, pero mantenía en todo el dulce candor de la niñez. Rubia era como los trigales por el agosto, y su pelo enmarañado y brillante remedaba una madeja de purísimo oro.

Don Fernando trabó conocimiento con ella una de las primeras mañanas en que salió al campo hasta la hora de entablar coloquio con los suculentos torreznillos.

Iba ella con otras muchachas de su misma edad a recolectar fresa en una huerta cercana.

Al cruzar ante ellas el hidalgo, se pararon llenas de curiosidad; este oyó comentar a las muchachas:

—Es el señor marqués.

—Es Don Fernando de Fuenclara.

—El amo del palacio.

—Y del pueblo.

—Y de todos nosotros.

—Dice mi padre que toda esta tierra hasta Torre Nueva, cogiendo por medio los Alamillos, es suya.

—¿Y la fuente del Zarzal, que está casi a la entrada de Robledo?

—Y aún más allá.

—Y tiene mando como el rey.

—Si tuviera guerra con los moros, podía hacer una quinta con todos los mozos, y llevarles como lleva el rey a sus soldados.

—Qué sabréis vosotras —atajó Flora, que parecía tener influencia sobre todas las demás.

—¿Cómo qué sabemos? Yo se lo he oído decir a mi abuelo.

—Y yo a mi padre.

—Eso era antes; hace ya muchos años. Ahora nadie manda más que el rey.

—Como que era una barbaridad que te compraran y te vendieran talmente como si fueses una caballería.

—Y aunque no te gustara el amo.

—Mira que eran, borricos nuestros abuelos.

—Mujer, no digas barbaridades, que el mío es un hombre de bien.

—Digo los que hacían esas cosas que dice esta.

—¡Ah!

—Vosotras no habéis visto este palacio; dicen que no lo hay más rico en Madrid.

—En la Corte tiene otro mucho mejor y más grande que este de la Fresneda.

—Y entra en la casa del rey como en la suya sin quitarse el sombrero.

Don Femando las oía sin darlo a entender y se divertía mucho con la disquisición de las muchachas.

De entre ellas se destacó Flora, haciendo de la disimulada y pasó alrededor de su excelencia examinándole con mucho detenimiento.

Después de que el prócer juzgó que habían en parte satisfecho la curiosidad, entabló parleta con ellas, y no huyeron cual medrosos gorriones, sino que respondieron muy donosamente a las preguntas del Marqués.

La más avispada de todas era Flora, sus palabras tenían más gracia y encanto que las de las otras.

Dio razón de quién era y hasta supo ofrecer su casa.

Como si con esta cortesanía hubiese hecho bastante, dijo muy gentilmente:

—Dios guarde a vuesamerced —y dieron a correr todas como una manada de corzas.

El diurno paseo finaba a punta de noche en al estrado de Don Fernando, después de haber rezado el santo rosario.

Entraba con los amigos tertulianos que solía, en una amplia saleta.

Un mozo traía dos enormes velones de ocho mecheros y los colocaba sobre dos bargueños.

Si había llegado posta de la corte, cosa que acontecía los miércoles y sábados, rompía Don Fernando los lacres del sobrescrito y les leía los avisos particulares, que a manera de los poderosos de la centuria anterior, había su Jerónimo de Barrionuevo que le tenía al corriente de todo suceso notable, y muchas veces de los comineos y bajas habladurías.

Allí recibió un año una sabrosa gacetilla de Palacio, donde con mucho secreto le daban noticia de que un guardia de *Corps*, muy gentil, había parecido muy bien a la reina, y comenzaba a subir con tal auge por las gradas del favor, que quién sabía si pudiera llegar a ser el primer hombre de España.

Todos cuantos le oyeron se rieron, pero andando los días la predicción excedió a la realidad.

Mas la carta gacetillera más pintoresca que recibió y que casi siempre llevaba consigo porque era cosa de donaire y gustaba mucho de leerla cuando tenía ocasión, quiero trasladarla a estas líneas, aunque ciertamente nada tenga que ver con la historia en que vamos.

Se la mandaron de Nueva España, y decía copiada al pie de la letra:

«Recibí aquellas coplas que vuesamerced me envió del cura: de Fruime, y el delicioso sermón del párroco de Cieza. Ambos papeles son notables y me han dado mucho que reír como asimismo a cuantos quisieron oírlos.

El clérigo gallego me parece un gran socarrón con sus puntas de loco y a veces de hombre de claro entendimiento, al murciano le tengo por un pobre mentecato gracioso a puras simplezas.

Para que vea vuesamerced cómo en todas partes cuecen habas, le envío un delicioso bando que el mes pasado mandó *echar* el corregidor de cierta aldehuela cercana a México.

Lo traslado tal y como salió de su mano, que el original me lo ha procurado el virrey de aquí.

Va sin comentario.

Léalo, pero júreme primero vuesa merced que no se ha de quebrar de risa.

"DECRETO

El corregidor de aquí biendo que es una baina que naide se mueba a que el pueblo se alebante como una pirámide a que está llamao por sus encumbradas montañas y en segundo lugar para que todos tomen experensia y diai no se pongan a murmurar si yo tengo que determinarme a proseder contra cualesquiera endebido que no me haga caso a lo que yo mando como autoridá que soy porque fui nombrao por el virrey según la preba que tengo en una carta que me mandó.

ORDENA:

Artículo I.º Como pa uno saber cuándo otra persona está borracha no es sino fijarse si bá pa los laos y si gomita o también cuando dicen palabras de marca mayor, me boy a poner en atisbo como el que bá a casar un conejo y al primero que se la dé lo sampo al güeco hasta que se le pase la jala y pa más calamidá, no se premite beber agua.

Art. 2.º Igual pena sufrirán los marranos y los perros sin travajo.

Art. 3.º Asoluto se proibe arrempujar a las mujeres en semana Santa, pues eso da la margen a las peloteras.

Art. 4º Tampoco se permiten grupos de más de treinta personas porque es a la fija que se ponen a hablar mal del corregidor y los comisarios.

Art. 5.º También queda vedao el hablar del cura, del virrey y sus satélites a fin de que no se alborote la política.

Art. 6.º A los carniceros se les recomienda que han de tener las pesas todo lo más grande que les sea posible, y lo digo pa evitar estafas y demás urtos porque una persona (sin mentar nombres) me pesó esta semana el cacao y me salió disjusto y aunque parezca que no, uno siempre nota la merma.

Art. 7.º Que pa evitar el alsa de los víveres y lo demás respetive a este respeuto, se pone la condición de que el qué más puje será considerao como sindicao de monopolio de tal manera que naide se enfurrusque.

Art. 8.º Estos mandamiento se harán cumplir a punta palo pues lla no aguanto más la geringa de la gente y las tomancias de todo perro y gato.

Publiquese por bando público y ejecútese ahora mesmo...”».

CAPÍTULO III

«TOPITO»

Al decir de maese Lucas, Flora era a un mismo tiempo la alegría de sus canas y la cosa más inútil que había en toda ella, porque a causa de su independencia selvática no se la podía emplear en nada. Tenía un despejo clarísimo, pero era al mismo tiempo tan alocada que no hacía cosa a derechas.

Iba a cumplir los quince años para la Virgen de Agosto y pocas veces se la vio con las muchachas que empezaban a presumir de mozas. Aquella mañana en que la viera el Marqués, era una de las pocas.

No solía gustar de más camaradería que un muchachillo de sus mismos años, a quien todo el pueblo llamaba *Topito*, porque su inteligencia se hallaba completamente opuesta a la de la bella molinerita.

Su ocupación, cuando dejaba de acompañar a esta, no era otra que dormir a la sombra de algún árbol, en verano, o en la solana de la iglesia, en invierno.

Tenía notable y misteriosa habilidad para que los pájaros acudieran a comer en su mano y a posarse sobre sus hombros; aun los gorriones, tan desconfiados y recelosos, en viendo a *Topito* acudían a él con increíble familiaridad.

Sabía de coro multitud de romances y coplas, así heroicos como caballerescos, de picardía y de devoción.

Las gentes decían que su virtud para que los pájaros acudieran a él con tan admirable mansedumbre no era sino que sabía muy bien la oración a San Antonio.

Fuera de esta habilidad, el pobre muchacho justificaba con creces la oscuridad de su apodo. Jamás había pisado los umbrales de la escuela ni tenía idea de qué cosa fuesen letras. Era huérfano. Un pariente suyo, rabadán de una majada, quiso llevarle como zagal, y tras muchos torniscones y algún que otro garrotazo le abandonó a su suerte, porque mirando a apacentar jilgueros, avutardas y aun bubillas olvidaba el cuido del ganado y rara era la noche que no volvía al hato, con un corderillo menos o una oveja perniquebrada...

Desde entonces vivía de la caridad de los aldeanos, quienes a veces podían emplearle en mandados que no tuviesen difícil comisión, tales como traer algún apero de labranza, sacar agua de la noria y regar algún sembradillo, le pagaban después con una rebanada de pan, un tomate o un trozo de queso y quedaba *Topito* tan orondo y satisfecho como un canónigo.

Flora gustaba de su compañía porque la entretenía mucho con los cuentos y romances de su repertorio.

A veces, le servía hasta para desfogar sus enfados.

La contrariaba alguien y se vengaba vejando y pegando al infeliz, que nunca se enfadaba y siempre tenía para su tirana una sonrisa boba en la faz y una palabra amable en los labios.

Otras veces, la condición de hembra tornadiza le mandaba despreciarle y se marchaba por otro lado, entonces él tenía un imán seguro para atraerla.

—Si vienes conmigo te diré el romance de *La novia renegada*.

Y tenía que estar muy fuera de tino la moza para no mudar los rencores en sonrisas y acudir como una cordera a la querencia del romance campesino, que era la joya más preciada para ella, en todo el vasto florilegio de *Topito*.

Además, cuando llegaba a esta composición se crecía notablemente el hombre, y la recitaba con más emoción que cuantas sabía, sin dejar a una parte aquel romance moro que comienza:

«Servía en Orán al rey
un español con dos lanzas
y con el alma y la vida
a una gallarda africana...»

que muchas veces, en las tardes de disanto, juntó gente en la plaza para escucharle.

Decirle a la triscadorcilla:

—Flora, si vienes esta tarde a la vega te diré el romance de *La novia renegada* —aunque más de mil veces lo tenía oído, era hacerle un gentil regalo...

En cuanto se columbraba un ciego por los altos de La Fresneda, el primero que le salía al encuentro era *Topito*, y si no traía lázaro que fuese lacayo de su ceguera, él le servía de este menester a trueque de aprenderse las coplas que cantara.

Después de que el ciego se fuera, las cantaba él y, cuando las sabía al dedillo, las enseñaba a Flora, imitando en los gestos y en la voz al maestro de quien las tomara.

CAPÍTULO IV

LOS PASEOS DE FLORA Y DON FERNANDO

Flora y su excelencia llegaron a hacer muy buenas amistades. El prócer salía todas las mañanas como tenía por costumbre y se iba hacia el molino.

Era muy bien recibido en él por maese Lucas, quien se tenía por muy honrado con visita de tal fuste.

Si hubiese habido en la casa rico mobiliario, la mejor silla la hubiera ocupado el Marqués, pero como la pobreza era tanta que solo permitía lo puramente indispensable para vivir, el señor Don Fernando tenía que sentarse en una tajuela de pino, teniendo por estrado un serillo de esparto crudo.

Le placía mucho ver la faena de la molienda y departir un poco con los aldeanos que acudían con su carga de trigo a dar quehacer a la muela, y no eran pocas las veces que con la plata generosa de su bolsillo enjugó algunas lágrimas, que la vida es tan prosaica que tiene penas que se alivian mejor con esencia de faltriquera que con saludables máximas.

Salía luego la muchacha y se iban ambos a pasear por el campo hasta poco antes de mediar la mañana.

Algunas veces encontraban a *Topito*, las dos primeras que así fue les acompañó, pero después no quiso, o pretextó algún quehacer o sin dar disculpa alguna huyó de mala guisa en cuanto les columbraba.

Don Fernando, durante estos paseos, exploraba el alma de Flora, y vio que era en todo sencilla y pura, su inteligencia era viva, pero puede decirse que estaba tan en libertad como su albedrío, era preciso darle cauce, sembrar en ella ideas...

La muchacha, que nunca pudo resistir un solo día la disciplina de la escuela, escuchaba muy gustosa las palabras de su viejo amigo y espontáneo preceptor; a veces le hacía repetir las cosas; por ejemplo: aquello de que el Sol está siempre quieto y que es la Tierra la que se mueve en su torno, y que las estrellicas del cielo son mundos infinitamente mayores que el nuestro.

Cuánto le extrañaba la teoría de que la Luna fuese un mundo sin vida, con sus montes, sus valles, sus ríos y sus mares como los de por acá abajo.

Ella tenía pensado que la Luna era una dama que vivió entre los mortales y cuando feneció la condenó Dios, por sus pecados, a estar colgada en el cielo, para alumbrar de noche a los caminantes que peregrinaban en la Tierra.

Además de esto, *Topito*, que sabía muchas y muy donosas historias, le había dicho en un romance que la señora Luna era una dama desdeñada por el Sol, su esposo, y que de ello venía el origen de la nieve.

—Verá su merced, ello es cosa muy linda y de mucho sentimiento, y se cuenta en muy poco espacio.

Y comenzó el romance tal y como se lo dijeran los labios de *Topito*.

ROMANCE DE POR QUÉ NIEVA

Más allá de La Fresneda
camino de la montaña,
vive la señora Luna
en una casita blanca.
Aunque bella es por extremo
y es de rango su prosapia,
no tiene criado alguno,
ni paje que le dé guarda,
ni dueña que la acompañe
ni menina ni azafata,
ni quien le apague la sed
con un búcaro de agua.
Por las tardes sale triste
al zaguán de su posada,
y da celos al armiño
la blancura de su cara.
En una rueca argentina
que da ceguera el mirarla,
con sus manos de azucena

hila unos copos de plata.
El caballero don Febo,
que todo en oro se engarza,
pues del cabello a los pies
es incandescente ascua,
con un afán muy rendido
ha venido en cortejarla,
y tal dio en cerrar el cerco
que ha conquistado a la dama.
—Si gustáis en ser mi esposa
señora de la tez blanca
—diz que le dijo una tarde—
dejaréis la Tierra ingrata
semillero de miserias
charco de la vida humana,
en que se pudren los cuerpos
y se condenan las almas;
os llevaré a mi palacio,
más alto que las montañas
y más alto que las nubes,
donde ni aún llegan las águilas.
Seréis señora del mundo,
pues que estará a vuestras plantas,
y le alumbrará de noche
el fulgor de vuestra cara.
El galán razonamiento
ha convencido a la dama,
y dio su mano al doncel
que tan rendido le habla.
Sale con él una tarde
de su casita tan blanca,
camino de aquel palacio
donde no llegan las águilas,
y se conciertan las bodas
y al fin y al cabo se casan,
prometiéndose venturas
en todo punto extremadas.
Pero ¡ay! triste de la niña
que da crédito a palabras
de galán libidinoso
que solo piensa en gozarla.
Aún no había transcurrido
apenas una semana,
cuando el dorado doncel
amores nuevos buscaba.
En comenzando la noche
sola se queda la dama,
pues el esposo no torna
hasta clarear el alba.
Pero una de aquellas veces
se hace la ausencia más larga,

y la esposa tal se aflige
que el manantial de las lágrimas
inunda sus bellos ojos
bañando su linda cara;
el llanto cae a la tierra
formando copos de plata,
y la cubre por entero
como una túnica blanca.
Esta fue la vez primera
que sobre el mundo nevara
y de entonces, cuando nieva,
tiénese por verdad llana
que está llorando de celos
la infelice mal casada,
porque la ausencia de Febo
se hace demasiado larga.

No dejó de parecerle bien el romance al señor Don Fernando y fue en manera, que le vino en gana tomar traslado de él para decirlo luego a sus cotidianos amigos, que a fe que habrían de holgarse casi tanto como él se holgara...

CAPÍTULO V

LAS ANSIAS DE «TOPITO»

Una de las mañanas que la zagala volvía de acompañar al Marqués hasta las mismas puertas de su palacio, al entrar en los olivares para tomar la senda que conducía al molino, se halló con *Topito*.

—Te esperaba, Flora —le dijo este, no mostrando ni en las palabras ni en el rostro aquel contento desaprensivo que solía.

Y entre ambos se entabló este coloquio:

—¿Pues qué pasa?

—Que desde que ha venido ese señorón de la Corte no eres la misma de antes.

—Tú sí que no eres el mismo, pues, cuando nos ves, como la otra mañana, corres y te escondes, talmente que si vieses los demonios del Infierno.

—Y ¿piensas que no hago bien? ¿Qué pinto yo entre vosotros? ya no podemos hablar como solíamos, tú contándome tus cosas y yo diciéndote las coplas y romances. Ya no me escuchas ni *La novia renegada*. Lo que te cuente el señor Marqués te entretiene más. Son más bonitas las cosas que él dice porque sabe más que nosotros.

—Y ¿qué quieres decir con todo eso? Así Dios me salve como no sé a dónde caminas por estas vueltas y revueltas, *Topo*.

—¿Que no hablo claro? Que me duele que me tengas en este olvido y abandono en que jamás me tuviste hasta ahora. Bien sabes que yo no tengo apego ni querer de nadie si no es de ti.

De más muchachos que de ahora anduvimos siempre juntos por estos bosques y prados y para mí no hay más vida que la que en tu torno se desenvuelve; ni ley tengo a los pájaros cuando no estoy contigo, el desprecio con que la gente me mira y las burlas de los rapaces nada se me importaban con tal de estar junto a ti, y ahora que hallo en que tú también me olvidas por la parlería de un señor viejo, que si no fuera como parece hombre maduro que va para la vejez más me pesara de lo que me pesa.

—¿A qué te viene esa pesadumbre?

Al disparo de esta pregunta el mozo bajó los ojos y estuvo un buen espacio sin responder.

Al cabo de ella, dijo poniendo en las palabras tanta emoción como de ordinario ponía cuando le recitaba a Flora trovas y consejas de amor; si alguna persona ajena le estuviera escuchando a fe que se hiciera mil cruces, pues no eran de esperar tales arrestos en mozo de tan cortos alcances:

—Flora, hasta hace poco parecíamos el uno la sombra del otro, nos criábamos como hermanos, y nunca tú ni yo nos dimos a mirar la fuerza y motivo de esta fuerte inclinación, acaso lo más que nos ocurriera es que ello tenía por causa la fuerza de la costumbre. Ha sido que yo te viera acompañada por un hombre para que supiese qué cosa es el amor que anda en esas coplas que te digo cada día y aún más allá voy, que también sé qué son celos.

—Y ¿dónde aprendiste eso, que tan bien te hace hablar y mejor que el maestro de escuela?

—En ti; tú fuiste el libro que me lo enseñó, y si lo primero lo aprendí sin darme cuenta y muy dulcemente, lo segundo me cuesta muchas amarguras y muchos duelos... Jamás di con romance, por endiablado que fuese, que me costara tanto...

Las mejillas de la moza tomaron por un instante el tinte suavemente bermejo del rubor.

Su vista clara y serena se posó en el suelo y por primera vez no supo dar respuesta a lo que Topito le hablara.

Ya se ha visto que no era ella nada melindrosa que se atascara en razones, y sin embargo el rústico muchacho supo darle con sus sentimientos de aquella tarde la primera lección de vergüenza, dicho sea en el justo y sano sentido de la palabra.

—Habla, mujer, di algo —continuó *Topito* cuando ya el silencio se iba haciendo demasiado largo.

—Y ¿qué quieres que te diga? —acertó a decir quedamente Flora mientras enrollaba y desenrollaba su delantal.

—Lo que te mande tu sentir, yo he dicho ya el mío, y creerme que no ha sido poca faena, pues acá adentro lo tenía mordiéndome el corazón y como estaba tan entretenido no quería salir...

El coloquio queda cortado bruscamente cuando iba en lo mejor, porque sin duda Flora comenzaba a prevenir la respuesta al impensado descubrimiento del alma enamorada de *Topito*, y fue porque, a este tiempo, cruzó ante ellos un mozo de mulas con una yunta.

Así de como los viera, dijo truhanescamente:

—Pero ¿aquí están la loca y el bobo? Me valga Dios que ya sois grandullones para andar solos tan a deshora. Qué, Florilla, ¿te estaba diciendo alguna cantinela nueva? No lo creas que todo es mentira.

La muchacha se rio por disimular, y por llevar más allá el disimulo, dijo:

—¿Vas a que beba el ganado?

—Sí —respondió el mozo.

—Pues llévame en la mula pinta hasta la fuente, que de allí a mi casa hay dos pasos.

—Te llevo —repuso el otro—, dame acá la mano.

Le dio la diestra Flora, y ligera como una pluma, ayudada por el fuerte impulso del gañán, saltó al lomo de la poderosa bestia.

Topito, muy dolido, volvió grupas, y se fue a su guarida, que solía ser la lonja de la iglesia.

Comenzaba a ser noche cerrada.

En lo que duró el coloquio se había escondido enteramente el sol.

Aún algunos ramalazos luminosos encendían el vellón de unas blancas nubes, pero poco a poco iban perdiendo la intensidad y acababan por ser unos manchurrones corno algodoncillos impregnados de tinta aguada.

Topito los miraba y se le antojaba que de aquella guisa estaban entonces las telillas de su corazón y los desvanes de su cerebro.

Algunas estrellas tachonaban la inmensidad del cielo y comenzaba a triunfar la noche.

También las miraba el infeliz, porque pensaba que acaso ella las contemplara y así en aquel mismo punto y hora y a tanta distancia vinieran a juntarse las miradas de ambos...

CAPÍTULO VI

LA MISERIA DEL MOLINO

Cuando Flora llegó al molino, ya era noche cerrada.

En la cocina se hallaban maese Lucas y sus dos hijos que ya eran mozos.

La muchacha empujó la puerta y saludó como tenía por costumbre.

—¡Ave María Purísima!

Nadie le respondió.

Los hermanos la miraron hoscos y el padre mustio y cabizbajo ni aun levantó los ojos del suelo.

Uno de ellos dijo al fin.

—Solo esta loca vive sin pena ni gloria como los inocentes del Limbo.

Y el otro añadió:

—¿Qué se le da a ella de los apuros de la casa ni de que nosotros echemos los bofes por sacarla adelante, mientras ella corre y trisca como una cabra descarriada?

—Dejad a la muchacha —protestó maese Lucas—. ¿Qué tiene ella que entender en estas cosas? No las podemos remediar nosotros que somos hombres y vamos a querer que ella las componga.

—Con esas alas y disculpas no hay forma de hacerle entrar en razón —arguyó el mayor—, otras hay tan mozas como ella que traen el gobierno de su casa en las puntas de los dedos.

—Bien, siempre ha sido así y no se ha de mudar ahora porque a vuestro mal humor le venga en gana.

Y tras esto tornó el hombre a sus meditaciones.

Flora hizo por cenar, pero pensando en la preocupación de su padre apenas atravesó bocado.

La cena fue triste. Durante ella se dio cuenta la moza de lo que pasaba.

El año había sido peor que malo, maese Lucas no podía pagar el arriendo del molino, y el dueño, que era el usurero de peores entrañas de toda la comarca, amenazaba con embargarle si no satisfacía la cuota el domingo después de la misa mayor.

Y el infeliz menestral no veía resquicio claro por donde salir a finalizar su compromiso.

Aquella fue la primera vez que Flora tuvo noción de los sinsabores de la vida.

Por la tarde *Topito* le había mostrado algo de la savia vivificadora que es flor de ella: el amor.

En toda la noche pudo conciliar el sueño. Su cabeza era una devanadera de ideas; aún podría admitirse por cosa cierta que lloró.

Ya de madrugada logró cerrar los ojos, y como el sueño era tardío, ya había sol por todo el mundo cuando quiso saltar del duro lecho.

***

—Hoy te dormiste, amiga —le dijo don Fernando cuando llegó a visitarle en el mismo jardín de su casa, porque ya hacía rato que volviera de su habitual paseo mañanero—. Tuve que hacer solo la caminata, y como no tenía con quien hablar di la vuelta antes. ¿Cómo fue esta ausencia?

Y por vía de respuesta, Flora rompió a llorar.

Don Fernando intentó consolarla pensando que la causa de tal sentimiento no tuviese más alcances que los de alguna niñería.

—¿Tuviste gresca con *Topito*? —le preguntó paternal.—Ya le diré yo a ese ganso...

—No diga nada vuesamerced a *Topito* —respondió la afligida, entre sollozos—, ¡pobre chico!

El magnate alzó la cara de la muchacha y en verdad que se conmovió mucho, porque estaba maravillosamente linda con el adorno de las lágrimas que era como de perlas licuadas. A

buen seguro que fuera esta la vez primera que vio en Flora una mujer... El corazón le dio este aviso.

Un poco más sosegada con las consoladoras palabras del Marqués, la niña contó la tragedia de su casa.

La oyó su excelencia, y dijo:

—Para todo hay remedio en el mundo si no es para la muerte. Vamos a ver qué dice tu padre de esto.

Y acto seguido el hidalgo y la villanita tomaban la senda del molino.

Muy contra costumbre, hidalgo y moza caminaban en silencio. No como solían con muchos ingenuos donaires por parte de la muchacha y mucho contento por parte del marqués.

Y era que cada uno traía empleado el pensar; Flora en la pena de su padre; Don Fernando en la transformación que el pesar había puesto en la zagala. Esto le había a él abierto un afecto nuevo.

Mientras caminaban no hacía más que mirar a hurtadillas, y cada vez que ponía los ojos en la muchacha le parecía encontrar un nuevo encanto que hasta entonces estuvo dormido. Y como si hablara por distraerla de sus melancolías, le preguntó en tono que pugnaba por ser jovial y no era sino interesado.

—Di, Florilla, ¿tú no tuviste nunca novio?

—Soy muy chica aún para eso —respondió ingenuamente...

Y no hablaron más porque en aquel preciso momento llegaban al molino.

CAPÍTULO VII

PRELIMINARES DE NOVIAZGO

El señor Don Fernando se dio el misericordioso placer de remediar, no más que con un puñado de plata, la penuria de maese Lucas.

En principio, el buen hombre se resistía a declarar su miseria por ese extraño pudor que nos hace mirar casi como delitos los apuros y estrecheces de la bolsa, mas luego, paternalmente asediado por el marqués, dijo de lleno su malaventura, y no le costó menos que bañar su relación en lágrimas.

Don Fernando le animó de buena voluntad, y le dijo que estando él allí, la cosa no merecía más importancia.

Estando en esto acertó a cruzar el arrendatario, y a vuelta de las cédulas de cobro, quedó satisfecha la trampa, y maese Lucas, libre y limpio de aquel enfadoso cuidado que le minaba la salud.

El buen hombre no sabía cómo agradecer tan extraordinario favor, y la vida que le hubiese pedido don Fernando se la diera como una gota de sangre.

El hidalgo ni aun consintió en que le besara la diestra a fuer de agradecido, y únicamente estrechó fuertemente la del molinero como pacto de amistad...

De allí a poco se operó un notable cambio en Flora.

Ya no triscaba y corría tanto por los campos a todo su talante y gusto sin otra amistad que la de *Topito*.

Se la veía menos por valles y laderas, y las claras ninfas de aquel arroyo escondido entre la grata espesura de unos álamos, no disfrutaban ya de la galantería de besarle los pies todas las tardes.

Don Fernando la había tomado por su cuenta y hecho comprender que hay más vida y más cosas dignas de atención que la belleza y libertad del campo. Comenzó a darle por sí mismo lección de leer y escribir. No era torpe la discípula; en breve espacio conoció muy bien las letras y al poco tiempo leía de corrido y aun con gentil buena gracia.

A ella misma le entró una noble comezón por saber y acudía de por sí con las lecciones aprendidas.

Muchas veces solía decir graciosamente a su maestro y protector:

—Mire su merced que he sido holgazana y descuidada, si por ventura no se le ocurre venir por acá, buena borriquita de carga hubiese salido la señora Flora.

Y añadía con alborozada resignación:

—Bien es verdad que para correr y triscar por estos prados y montes como las cabras montunas, no me hacía falta ser una Santa Teresa de Jesús.

—Así es la verdad —replicaba el Marqués—, pero tampoco para valerte y parecer bien en el mundo, pretendo yo que lo seas en sabiduría. Las mujeres bachilleras y literatas son la peor plaga del mundo.

—Tiene razón vuesamerced —argüía Flora—, tanto se peca por carta de más como por carta de menos, o de otra manera lo poco agrada y lo mucho enfada y también se dice mucha grasa empalaga la olla.

—Bueno, mujer —la atajó riendo Don Fernando—, cesa en los refranes. Los ensartas tan buenos y abundantes como el bellaco de Sancho.

—¿Algún paje de vuesamerced es ese Sancho? Pues tráigale por acá que por muchos que el tal sepa más le diré yo, que el bueno de *Topito* me enseña mil cada día.

—Este Sancho es otro que ya sabrás muy pronto quién fue. De dos cosas más quiero yo que te corrijas.

—Dígalas vuesamerced, y saberlas yo y empezar a poner los medios por obra, todo será uno.

—De ensartar refranes y más de que te los enseñe *Topito*.

El pobre muchacho no había entrado en la simpatía del Marqués y menos desde que Flora empezó a parecerle bien.

***

Así como Don Fernando había hecho labor meritísima encauzando las buenas disposiciones de Flora, Natura, a su vez, no había estado ociosa, que tales prodigios hizo con la moza, que en breve espacio la trocó en hermosísima mujer.

Y en este punto y hora fue donde comenzó el desasosiego del señor don Fernando de Lera, marqués de Fuenclara.

Como cada día advertía en la muchacha una condición más que adorar, aconteció que se le fue entrando en el corazón y cuando Natura acabó de labrar su magnífica obra ya el buen hidalgo no tenía más ansias en la Tierra que el buen amor de Flora.

Sin embargo, no se atrevía a decirle nada.

Aquel favor prestado a su padre le ataba tan fuertemente la voluntad, que no fuera tanto si las ligaduras pudieran ser amarras de acero.

De suyo era generoso y noble y no quería que aquel amor que nacía en su pecho tan intensamente pudiera ser correspondido por forzoso agradecimiento, y así se contenía en manifestar su sentir.

Muchas desazones pasaba a solas, no ya en pensar en la muchacha, sino en discurrir si le estaba bien o mal aquel amor.

La disparidad de años le daba mucho tormento.

Qué dirían de él cuando se supiese su determinación en la Corte.

Pensarían que era un viejo libidinoso que antes se dejaba llevar arrastrado de la lascivia que del brazo del Amor.

Alguna vez pensó si no sería más noble dotar a Flora y casarla con algún mozo honrado de La Fresneda. Si *Topito* no fuera tan simple...

Pero apenas entraba esta idea por las celdillas de su mente, y más si llevaba por cabo al zagalillo errante, le entristecían los celos, y mudaba en vengativo y rencoroso su natural apacible y noble...

Era el Amor que asestaba sus últimos y más crueles golpes contra aquel corazón fatigado de las jornadas de la vida.

Flora continuaba la costumbre. Iba de mañana a buscar al Marqués; salían juntos y volvían luego al palacio, donde daba su lección de lectura y escritura. Poco antes del Ave María, tomaba la vuelta del molino; a la caída de la tarde acudía allí don Fernando, y al retirarse a punta de noche le acompañaba Flora, seguida de Marquillos, un hermoso perro de ganado.

Topito había caído en el más profundo olvido, ya apenas si la moza le escuchaba alguna vez, y la primera en que le halló a mano, después de aquella entrevista de la fuente (pues el infeliz estuvo enfermo de tercianas muchos días en la choza de un pastor cabrerizo) fue para decirle que ya no necesitaba de la enseñanza de sus romances, pues que había aprendido a leer y tenía quien le enseñaba otros tan lindos y aún mejores.

Mucho sintió el vejamen el zaherido, que aun parece que no pudo responderle con palabras, sino con lágrimas, y se fue a sus soledades; si alguna vez daba en la aldea, no podía por menos de mostrar su odio al Marqués arrojando alguna piedra a los balcones del viejo palacio de los Fuenclara.

De esta suerte podían saber los moradores del linajudo caserón cuándo se hallaba *Topito* en La Fresneda, pues aun cuando tan insigne personaje hiciera su visita de incógnito jamás dejaba de hacer semejante despedida.

Con oír el estrépito de los cristales rotos (pues tal acierto tenía, que casi siempre atinaba de lleno con alguna vidriera) se daba momentáneamente por satisfecho.

Se le antojaba que con cada pedrada destruía una ilusión de Don Fernando.

Pero así como dejaba satisfecha su pobre venganza, tornaba a su intensa melancolía, a pensar en el olvido de la ingrata que poco antes no acertaba a dar un paso sin él fuera de la aldea.

Y caminaba muy despacio y tambaleante, casi encorvado, como si llevase a cuestas la alforja moral de sus duelos y quebrantos...

Alguna vez, por distraer su pena, acompañaba sus pasos con alguna canturía que aprendiera de labios de los errantes romanceros, y era de las que más prefería (dejando a una parte el romance de *La novia renegada*), esta glosa:

¿De dónde vienes paloma
tan puestecica de gala
con tanto fuego en el pico
y tanta nieve en las alas?
¿Dónde has el nido,
paloma, allá arriba en la montaña
o acá abajo en la llanura?
¡Palomita blanca!
Diráme la palomita
si en el decirlo no pierde
voto que tenga jurado,
en los remansos que bebe
y en los trigales que come
y en las ramitas que duerme.
Palomita blanca
como la nieve.
Dicen que aunque eres paloma
y de tan medroso aliento,
picoteas corazones
en manos de un halconero.
¡Líbreme Dios de palomas
con intenciones de cuervos!
¡Ay, madre! yo no sé cómo
me picó en el pecho.
Picadura de paloma,
a fe que no lo parece,
que no hay paloma que hiera
tan hondo como tú hieres.
Tan grande, madre, es la herida,
que no hay doctor que la cierre.
Palomita blanca
como la nieve,
me picó en el pecho,
¡ay cómo me duele!

***

Burla burlando se había metido Flora en el corazón de Don Fernando, tanto que, a pesar de los escrúpulos que le quitaban el sueño, determinó procurar su felicidad.

Ya se ha dicho que si había pasado la edad de la juventud aún no había entrado en la de la vejez; se mantenía muy bien en la estación intermedia.

Flora escuchó un poco confusa, pero con agrado, aquellas primeras palabras que el amor la dijera; también ella, por efecto del continuo trato, había cobrado al Marqués un afecto que rebasaba las lindes de la amistad; no entendía ella que fuese cariño, pero el corazón le ordenaba tan recio, que no sabía apartar su recuerdo de la mente.

—Todos estos lugares serían tuyos, como lo son mi vida y mi alma —le decía el enamorado Marqués—. Me trajo a esta aldea, tú lo sabes porque muchas veces te lo he dicho, el ansia de quietud y sosiego que no hallaba en la Corte, y ahora, al cabo de los días, he venido a encontrarme, por obra y gracia de tu hermosura, más confuso y lleno de pesadumbres, gratas pesadumbres que no las trocara por todas las felicidades del cielo y de la tierra...

Como Don Fernando vio que tenía el cariño de Flora, no receló en hablar con maese Lucas, porque le parecía que de esta manera quedaban ya rotas las trabas que hubieron de contenerle.

La pretensión era tan halagüeña para el pobre hombre, que la estaba oyendo de los mismos labios del pretendiente y no acertaba a darle crédito.

A la postre, ¿qué habría de hacer sino consentir y quedar con ello muy honrado? Solo una cosa suplicó, y era que en tanto que se concertase tan buen partido, él no habría de abandonar su molino, y aun luego, siquiera agrandase la industria, tampoco dejaría el oficio en que medraron sus abuelos y sus padres...

Consintió en ello el marqués y aun vio en este deseo la hombría de bien que rebosaba el alma de maese Lucas, pues miraba al bienestar de su hija que no al suyo.

No dejó de conocer la diferencia de edades, y en la manera más delicada y cortés que pudo, dentro de su rustiqueza, no quiso dejar de decírselo a su aprendiz de yerno, no fuese que el amor le pusiese tan apretada la venda que no le dejase ver cosa que, desgraciadamente, habría de estar a la vista de todo el mundo.

—Mire, señor Don Fernando, sin que de la sana intención que me guía tome ofensa su merced, que la pasión nos quita muchas veces el conocimiento, y me llenaría de tanta pesadumbre que no me dejara acabar en paz mis días, si un día cayera su merced en la cuenta.

—Si no viera yo tan claro como la luz del sol que la muchacha me quiere, no piense usted que me arrojara a tanto, además que no es tan provecta mi edad que me ahorre de parecerle bien a una mujer —le respondió el Fuenclara, un tantico puntilloso.

Y como lo conoció Lucas, miró que era bien no escarbar más en el asunto.

CAPÍTULO VIII

FLORA LA CAMPESINA, DAMISELA EN LA CORTE

El marqués de Fuenclara quería que su esposa pudiera presentarse en la Corte con todo el rango y grandeza que tan insigne casa merecía.

Para ello era necesaria una exquisita instrucción, de la que Flora estaba ayuna, pues con él no logró más que aprender a leer, escribir y un poco de números, lo imprescindiblemente necesario.

Un año educativo en Madrid, le estaría muy bien, y luego a ser señora de Fuenclara.

De esta manera lo hizo comprender el galán a la novia y a su padre, y de allí a una semana, que todo estuvo prevenido, salieron de la aldea en la magnífica silla de postas, con rumbo a la Corte, la villana y el usía.

Don Fernando se proponía hacer un viaje a Nueva España, donde, por la gracia de Dios y fortuna de sus mayores, tenía muy rica hacienda.

No era él de estos ricachos muelles y remolones, que solo atienden a disfrutar los bienes de su casa sin curar de mantener su crecimiento, y así cada lustro se daba una vuelta por sus vastas posesiones de Ultramar. Aquel año, precisamente, según su cuenta, le tocaba viaje, y aprovechó este tiempo que su futura se tendría que quedar atendiendo al cultivo de la inteligencia.

Hasta más allá de las eras salieron los asombrados vecinos de La Fresneda a despedir a los viajeros. Aun algunos que estaban enfermos quisieron presenciar la novedad de ver en coche y vestida a lo señora a la triscadora Florida, y se hicieron sacar a las puertas de la calle, ya que no pudieran seguir al gentío.

Por mucho tiempo tuvieron las comadres del lugarejo tela para cortar sus murmuraciones.

Como la Humanidad es de suyo malintencionada y más se duele que alegra de la bienandanza del prójimo, pocos eran los que comentaban favorablemente para el buen nombre del molinero la determinación del marqués de Fuenclara.

Maese Lucas y sus hijos proseguían en el cuido de su molino, ni más ni menos que si la ventura no hubiese entrado en la casa.

Algunas tardes pasaba *Topito* ante la puerta y se detenía un poco, luego proseguía silencioso y triste, como si llevara un gran pesar en el alma. Solo cuando no había en el campo la caridad de gañanes y pastores entraba en la aldehuela.

Merodeaba en torno de las casas tomando lo que le daban buenamente.

Al molino jamás volvió a acercarse por mucho que la necesidad le obligara.

Alguna vez los hermanos de Flora quisieron socorrerle dándole como pretexto que les hiciese algún mandado, pero como si ellos fuesen culpables del desvío y abandono que la muchacha tenía para con él, siempre les recibió huraño y antes prefirió las dentelladas crueles del hambre, que sosegarla en aquella casa.

Aun el espacio que le circundaba parecía que le abrasaba los pies.

Alguien que llegó a reparar en la causa de aquella enemiga se lo dio a entender, pero más que en riesgo de pesarle estuvo, porque aunque *Topito* era de condición mansa y pacífica, no sufrió la sutileza y dio con furia tan insana sobre el entrometido, que este tuvo que fiar su libramiento a la ligereza de los pies.

De allí adelante le dejaron en paz abandonándole a su suerte como cosa que no tenía remedio. Cuando les parecía bien le daban amparo y, cuando no, le arrojaban del pueblo.

***

En el palacio cortesano de los Fuenclara quedó Flora al cuidado de una dama respetable, que dicen que no tenía ninguna de las perniciosas condiciones que suelen tener las que se dedican a su oficio.

Era, aunque no vieja, rancia, ridícula, beata, escrupulosa y malhumorada.

La acompañaba un mayordomo rodrigón a la manera que lo fue el *Escudero* de Espinel, esto es, viejo, pícaro e hipócrita.

Un padre de la Merced, mediano gramático, le valía por maestro de Letras.

Un abate francés, que pudo huir de la sarracina revolucionaria, le daba lecciones del armonioso idioma de Molière.

Un maestro de la Real Capilla la aleccionaba en el uso del clavicordio, y un bailarín del coliseo del Príncipe la guiaba en la *ciencia* de Terpsícore.

Mas si cada uno era una *autoridad* en su arte, como Dios ha dispuesto que no haya cosa perfecta en el mundo, he aquí que cada una de estas eminencias tenía un defecto humano, el cual, a la postre, venía a redundar en perjuicio de la educanda.

El ama era tan amiga de los usos y costumbres nuevos que habían venido de Francia con la dinastía borbónica, que no hallaba cosa buena en España.

El gramático era un hombre adocenado sin pizca de sentido estético.

El abate no sabía más que francés, y a la par del ama no encontraba entre nosotros nada notable. Únicamente hallaba bien la más vergonzosa y cruenta de nuestras aficiones: las corridas de toros le entusiasmaban; ningún lunes dejaba de asistir a la plaza.

El maestro de la Real Capilla era sordo, así imagínese cuáles serían los adelantos de la discípula en el manejo del clavicordio.

El maestro de baile era el más redomado pedante de cuantos había en Madrid. Ponía divinamente las danzas, pero solía acompañar la lección con tal cúmulo de ademanes ridículos y discursos melifluos y empalagosos que no le sufriera el diablo...

Era, en fin, aquella una academia de pedantes, capaz de dar al diablo con el discípulo mejor equilibrado; figúrense, pues, lo que harían con Flora, toda sencillez y rustiqueza.

Los primeros días, como se le hacía novedad el cambio de vida, solo con fijar la atención en las cosas nuevas que acaecían ante sus ojos, no lo pasó mal del todo, antes le sirvió de distracción, pero así de como le señalaron hora precisa para levantarse, hora precisa para la lección, hora precisa para comer, hora precisa para pasear y hora precisa para dormir, comenzó a entrarle la nostalgia de su selvática libertad y abominó de la vida señoril y monótona.

—Si estuviera acá Don Fernando —solía decir—, no consentiría esto y saldríamos juntos como en La Fresneda.

—El señor Don Fernando—replicaba la dueña catedrática— no quiere sino que su merced se haga una señorita distinguida, ni más ni menos que si se hubiese criado en la Corte, para que, cuando esté, como si dijéramos en su punto, encumbrarla a marquesa de Fuenclara. ¡Ah. cuántas damas de rancio abolengo tendrán envidia de su merced...!

Con tales preceptores iba Flora labrando las jornadas para ser marquesa, pero cuando se hallaba sola con sus pensamientos y los recuerdos amables de su vida anterior, solía entristecerse y añorar con mucha pesadumbre los capítulos transcurridos en la tranquila paz de La Fresneda.

Así como allá dio presto de lado la amistad con *Topito* y no le dejó emoción alguna el momento de aquella tarde en que el desgraciado mozalbete se sintiera hombre, ahora que se miraba lejos de él solía añorarle muy melancólicamente. Si pudiera le quitaría el cruento amargor de aquella pesadumbre...

Nunca con más fijeza tuvo en la memoria las coplas y romances que él le decía. Retornaban a ella como un grato aroma del campo. Sobre todo aquella conseja de *La novia renegada*... y los versos sencillos de la rústica poesía llegaban a sus labios como un reproche, como un anatema contra el ingrato desvío que tuvo para el infeliz. Si hasta se diría que eran una profecía:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana, viene
hecha un mar de argentería.
Antes de dejar la aldea
(hará un año y quince días)
estaba la moza guapa
que el mirarla daba envidia.
Por de fuera en el vestir
pecaba ya de sencilla,
que el diablo lleve lo más
que hubiese de una basquiña
de lino azul y unas blondas
sin más lujo que el ser limpias,
y, agora, en bosques de randas
viene la moza escondida.
Trae más lujo en el vestir
que en la salud. Yo daría
algo bueno por saber
por qué llevó lozanía
y trae galas y riquezas
que aún quiero bien a esta niña
y sus gorjas me contentan
y sus duelos me lastiman...
Cuentan, que a probar fortuna
hase partido a las Indias.
¿Es que la Fortuna, acaso
al llegar la esperaría?
Acá, se dejó un galán
llorando porque se iba,
pero, llorando de veras,
que es fama que la quería.
Y ahora que el galán la ha visto
de lejos y tan pulida,
no consiente en acercarse,
que diz que la mataría.
A quien le escucha, le cuenta,

lleno de pena y de ira:
¡Llevó salud y trae joyas,
fuese pobre y torna rica!
El amor que él le fiara
y el candor que ella tenía,
por el lujo con que viene
acaso les vendería...

Y los postreros versos, casi siempre, solía decirlos con lágrimas en los ojos y ahogos en el corazón...

CAPÍTULO IX

LA VUELTA DE LOS NOVIOS

Aún más presto pasó el año de lo que todos desearan, que el tiempo es fugaz y tiene alas veloces.

Muy poco antes de cumplirse hubo noticia de que llegaba al puerto la flota de Nueva España y que en ella tornaba el marqués de Fuenclara.

Como era cosa convenida de antemano que a su vuelta le esperase Flora en el palacio de La Fresneda, apenas se recibió en la Corte aviso de la arribada la trasladaron a la aldea, y a fe que con tanto lujo y comodidad no hiciese jornada princesa de la sangre.

Aun su guardia de escopeteros llevó por escolta, tanto que en muchos de los lugares que cruzó entendieron seriamente que era persona real.

Aquel día fue de fiesta en La Fresneda.

Eran de ver maese Lucas y sus hijos Ricardo, Leoncio y Valerio, vestidos de fiesta y haciendo como quien dice los honores de la casa a sus convecinos, porque la futura Marquesa no aposentó en el molino, sino en el solar de los Fuenclara.

Se holgaron los muchachos porque aquel día no tuvieron escuela, se refocilaron las comadres porque pudieron cortar y rajar a su antojo, y se alegraron las mozas, con la esperanza de ver usos y modas de Madrid.

No fueron poco motivo de curiosidad los maestros que habían hecho de la rústica molinerilla una señorita remilgada y de ridículos modales, gustos.

Al otro día de la llegada, así como descansaron de la incomodidad del viaje, salieron por el pueblo, y fue tal la curiosidad de los grandes y la impertinencia de los chicos, que tuvieron reducirse al amplio jardín del palacio.

De la dama decían que si era la *Tarasca* que les había cedido Madrid para las fiestas del Corpus.

—Debe ser, sin duda, que allá han comprado otra nueva y nos envían esta de desecho.

Del bailarín hacían mil sátiras por su tipo escuálido.

Del fraile, por todo lo contrario, que parecía una bola de nieve, si no llevara toda la capucha, por la parte de delante, manchada de tabaco.

Del rodrigón hacían chacota por lo finchado y grave, siendo como era el mayor bellaco del mundo.

De suerte que después de haber sido por un día el regocijo de toda la gente aldeana, tuvieron que encerrarse vergonzosos y corridos, para no dar lugar a que las faltas de respeto que ya tenían recibidas subiesen de tono.

De lo primero que recibió gusto Flora así como puso el pie en la aldea, fue de recorrer los sitios acostumbrados, antes de su ventura, pero ya no los recorrió con aquella encantadora libertad de entonces, sino con una afectación grave y mesurada, seguida por sus preceptores cortesanos.

Al tornar de su paseo creyó ver por entre los olivos que circundaban la fuente, la figura astrosa y macilenta de *Topito*. Se mudó mucho, y torció el camino.

En su mente vibraban claramente como si cierto los estuviera oyendo los versos del romance:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana viene
hecha un mar de argentería...

Mas no oyó la voz ni vio al mozo desdeñado.

Mal podía verle, que cuando él supo que Flora tornaba a La Fresneda huyó del lugar como el diablo de la Cruz, y sin duda que se fue a lo más intrincado del monte, y aún no faltó quien dijera haberle visto pasar a la Extremadura con los pastores trashumantes que traen sus ganados a pastar en Castilla...

***

No más de un día se detuvo el marqués de Fuenclara en su casa de Madrid, a la vuelta de Nueva España.

Desde Cádiz partió a la Corte en el mismo día que desembarcara, sin tomar descanso alguno, a pesar de lo larga e incómoda que fue la travesía.

Como dicen, no se le cocía el pan hasta el punto de ver hecho realidad su sueño dorado, que era unir la madurez de sus años con los primaverales de Flora.

No se detenía en el camino más que lo justamente necesario para descansar, y aun en muchas ventas no hacía más que mudar los cansados tiros por otros de refresco. Así aconteció que en menos de una semana se plantó en Madrid.

Se detuvo aquí otra fecha para tomar reposo, y al clarear la siguiente, que era una fría mañana de otoño, reanudaba su viaje hacia el norte de sus pensamientos y finisterre de sus ansias.

Quién fuera capaz de seguir los vuelos de su imaginación que al cabo de los años volvía a soñar como cuando era moza.

Habían vuelto al maduro Don Fernando todos los bríos e ilusiones de la mocedad.

Cierto es que se ama intensamente dos veces: la primera y la última. La postrera sin duda que ha de ser con el impulso desesperado de la llama que está próxima a extinguirse, y en un momento dado reconcentra todo el fuego...

Y llegó a su palacio el último marqués de Fuenclara...

CAPÍTULO X

EFECTO CONTRARIO Y COMPÁS DE ESPERA

El recibimiento tuvo sus puntas y ribetes de recepción cortesana.

Flora vistió las mejores galas que tenía, e hizo al recién llegado tan rendidos agasajos que no hiciera más el maestro de ceremonias de alguna catedral tudesca en día solemne.

No agradó esto en principio al prócer, que esperaba ver a su futura, si bien un poco más pulida en cuanto a instrucción, no con resabios de pedantería, mas no dijo nada, porque no fuesen de enfado sus primeras palabras de retorno.

Mas al hallarse frente a frente con los *progresos* hechos por la que había de ser su esposa, no fue hombre para sufrir aquellas ridículas maneras, todas afectación, ensañadas por la dama, aquel francés aprendido pronto y mal, aquellos pasos ridículos de bailes parisinos, los discursos gramáticos y la desarmonía del clave. Era que todas las enseñanzas habían florecido en los defectos de los profesores, por no haber preparado antes discreta y sencillamente la inteligencia virgen en que habían de sembrarse... Don Fernando no fue quien para contenerse, y reuniendo a toda aquella junta de sabios les dijo, poco más o menos, de esta suerte:

—Señores y maestros míos: Vuesasmercedes han hecho tan bien su oficio, que si les encargara todo lo contrario no hicieran desaguisado tan grande. Entregué a vuesasmercedes una inteligencia fuerte, bien equilibrada, pero sin aderezo alguno de enseñanza, y ahora, al cabo del tiempo me devuelven una muchacha ridícula, pedante, ayuna de sinceridad. ¿Quién sabe lo que ahora costará volverla a su primitivo ser? Vayan, pues, enhoramala de aquí esta misma tarde, que yo les mandaré poner un coche de camino y publiquen por el mundo su estupenda hazaña pedagógica...

Luego, tomó de la mano a Flora y la llevó al molino de su padre.

Maese Lucas: Amigo mío, que habéis de pasar a suegro, pero no tan pronto como todos teníamos pensado. Aquí os entrego a vuestra hija, a quien si tratáis diez minutos seguidos pensaréis que no lo es, según viene de desconocida con las lecciones de da Corte. Tenedla con vos por otro año, quitadle estas sedas y estos encajes con que ahora adorna su belleza, dejadla en aquella sencillez de antes y soltadla otra vez por el campo. Corra por valles y oteros de la mañana a la noche, dance con las mozas los domingos, vuelva otra vez a solazarse con las simplezas y romances de *Topito*, y cuando esté en la rusticidad que estaba, yo vendré a pedírosla por esposa y tendremos en la aldehuela otras bodas como las de Camacho *el rico*, que antes quiero por mujer una labradora rústica que una damisela insustancial, toda melindres y reparos... No se piense que por desarmonías la olvido. En cuanto sea menester téngaseme presente. De aquí a un año tornaré.

Y dio la vuelta, dejando a todos maravillados y confusos.

Aquella misma tarde vieron las sencillas gentes de La Fresneda partir el coche de camino de su excelencia hacia la Corte. Don Fernando iba solo en el amplio mueble.

Para no ser blanco de la curiosidad llevaba echadas las cortinillas, pero bien se pudo ahorrar este cuidado porque ni aun sus habituales contertulios salieron, como tenían por costumbre, a despedirle en las Fuentecillas.

No más le acompañaban que el cochero, el postillón y el ayuda de cámara. Saliendo del pueblo alzó los discretos lenzuelos y contempló melancólico los verdes campos y empinadas lomas, por donde anduvo con Flora, cuando la moza era un encanto más de aquellas praderías.

Aunque Don Fernando dio palabra de tornar en busca del buen amor de Flora, cuando comprendió él que estaba hecha la transformación, entendió que ello no le estaría bien, porque acaso redundara en su menoscabo.

Había hecho una sencilla prueba y ya acababa de ver cómo las primeras máculas ridículas cortesanas habían prendido en ella. ¿Qué podría acontecer cuando llegaran las otras más fuertes y dañinas, que prenden en el alma?...

Florita era demasiado asimilable.

En un año había perdido (claro que neciamente influida) aquel candor y travesura ingenuas que eran toda su belleza moral.

Con ello también había tomado quizás esas otras mañas que son tan distinguidas e imprescindibles en los estrados de la Corte, como son: la intriga, el disimulo y la coquetería.

Bien estaba San Pedro en Roma, Flora en La Fresneda y él libre y suelto, no fuese que algún día tuviese que sentir.

En cuanto llegó a Madrid, tomó un talego de onzas y mandó al mayordomo que lo llevase a Flora con el siguiente pliego:

«Hija Flora: Los aires sanos del campo que he respirado durante mi viaje de retorno me han despejado los desvanes del cerebro y me han quitado las telarañas de los ojos, permitiéndome con ello ver y discurrir tan claro como solía antes de conocerte.

Así pues, no me esperes para matrimoniar, como te dije al salir de La Fresneda. He comprendido que a ti y a mí nos está mejor.

Cuando te cures de aquel mal que te causaron los maestros que en mala hora te di, queriendo hacerte un bien, busca a *Topito* y volved a las andadas por esos campos de Dios.

Como no quiero que conserves mal recuerdo de mí, te envío ese puñadillo de oro, que te ruego aceptes, en memoria del buen propósito que me guio...».

Poco más decía el papel, pero ya eran filosofías trasnochadas, que no valen la pena de traerlas a cuento. Lo cierto e importante para nuestra historia es que Flora se hizo la cuenta de que los duelos con pan son menos y tomó las onzas, que no bajaban de doscientas; aderezó el molino de su padre, tan lindamente que bien podía decirse que no había otro mejor en tierras de Castilla, contentó luego a *Topito* y le ascendió hasta el empleo de molinero consorte, en pago de lo bien que sabía decir el romance de *La novia renegada*.

Y como no acaeció más que sea digno de referirse, con esto se acaba la novela. Si te parece bien, lector amigo, me holgaré de ello; si, por el contrario, te desagrada, lo sentiré con todas las veras de mi alma, pero te juro a Dios, que no derramaré ni una sola lágrima...

Diego San José